

Marta Agudo entrevista a Sergio Gaspar, agosto 2009.

Entradilla: Por fin el poeta y editor Sergio Gaspar extrae del archivo de su ordenador o del cajón de la mesa de trabajo sus magníficos textos.

M.A.- Para empezar, me gustaría felicitarte por este libro, del que podríamos estar hablando horas y horas, y preguntarte por el valor que pueda tener de apertura a la publicación de tus escritos, que tanto tiempo has tenido guardados.

Recuerdo al lector que Sergio Gaspar ha firmado los libros *Revisión de mi naturaleza* (1988), *Aben Razin* (1991) y *El caballo en su muro* (que recogía una parte de *Revisión...*) el primero en una editorial muy menor, el segundo en una, algo más accesible, pero en absoluto fácil de encontrar en las librerías de por entonces, y el tercero en el libro artístico de la editorial Luis Burgos. *Arte del siglo XX*, en el que dialogabas con la obra pictórica de Zuriarráin, y que hoy en día la mejor forma de dar con él es llamando directamente a la Galería de Arte. ¿Por qué has huido hasta ahora de medios con mayor presencia en el mercado? ¿Podrías además sintetizar sobre qué giraba cada libro?

S.G.- Gracias, Marta, por tu felicitación. *Revisión de mi naturaleza* y *Aben Razin* me los publicaron dos amigos de Barcelona: Ángeles Cardona y José Corredor-Mateos. Ellos les buscaron editor, y son la causa de que estos textos se convirtieran en libros. Por aquellas fechas, recién salido de una grave crisis autodestructiva, yo apenas tenía ganas ni ilusión de publicar. Con *El caballo en su muro* sucedió lo mismo, como tú bien sabes. Si unos cuantos amigos no me hubieseis invitado y animado a publicar ese extenso poema, el libro no existiría. He necesitado veintiún años para recuperar cierta ilusión y publicar(me) *Estancia*. No acostumbro a escribir sobre algo, sino desde y contra algo simultáneamente. Me excita explorar el conflicto que nace del choque de ambas preposiciones: desde y contra una tradición, una emoción, un tema, un autor, un algo. Los autores que se limitan a escribir sobre algo no me interesan porque permanecen cómodamente sentados en una silla que ignoran si es cómoda de verdad. En síntesis, *Revisión de mi naturaleza* combate y dialoga con la poesía de Juan Ramón Jiménez o San Juan de la Cruz, y revisita algunos tópicos del pensamiento (re)unitivo occidental fundamentado en los conceptos de naturaleza o divinidad. *Aben Razin* nace de la lectura y el ajuste de cuentas con Wittgenstein y Octavio Paz, principalmente. No nos reuniremos, mediante el lenguaje, con las cosas y los seres que no tienen lenguaje o no tienen nuestro lenguaje. Nos será difícil asimismo, usándolo –pero rehusándolo todavía más–, una reunión satisfactoria con los otros seres como nosotros: los lingüísticos. El lenguaje nos confunde, más que nos funde.

M.A.- Lo primero que llama la atención de *Estancia* es la diferencia formal: del poema tradicional (con excepción de “Descripción de una mujer”, que reproduce el lenguaje de un informe médico), a uno de extensión formado por secciones muy breves, y a un relato en prosa. Es interesante la inclusión de este último. ¿A qué se debe: a una voluntad de provocación, a considerarlo anuncio de ese próximo libro, del que dices que “tal vez” no publicarás? Y si doy un salto a tu faceta de editor, ¿son frecuentes los textos en los que se dé esta fuerte confusión de géneros?, ¿cuáles serían para ti los títulos principales de DVD Ediciones en este aspecto?

S.G.- Me interesa muchísimo que llames “relato” a la tercera sección de *Estancia*. No te has referido a él como poema, o poema en prosa, sino como relato, es decir, no lo has llamado poesía con seguridad, incluso a lo mejor le has negado cualquier identidad poética. ¿Qué hace entonces ese texto extranjero, ese intruso, en un libro que tiene la apariencia de ser de poesía, porque: a) lo escribe un tipo al que algunos llaman poeta; b) contiene textos que se consideran inmediata e indiscutiblemente poemas, entre otras razones porque no aparecen justificados a la derecha; c) se publica en una colección de poesía; d) lo encuentras en las librerías en las secciones de poesía, si lo encuentras; e) lo reseñan en los suplementos culturales críticos de poesía, si lo reseñan; f) le darán el Premio Nacional de Poesía de 2010, si se lo dan...? En un

uso impropio del término, el texto que has llamado relato funcionaría como un ready-made, un objeto confeccionado y preparado para un uso social de relato, destinado a aparecer en la sociedad literaria dentro de un libro de relatos o como una narración corta de verano en las páginas de un periódico, pero que de improviso se escapa de su uso social para entrometerse y entremeterse en un libro usado como poesía. Es un texto que un individuo, el autor, está pensando y viviendo de forma distante a como acostumbra a hacerlo la colectividad de la que es contemporáneo: los lectores, los críticos, los profesores que enseñan en el colegio la diferencia entre poema y relato. Esto no es nuevo en absoluto. Esto se llama historia de la literatura española y universal. Desgraciadamente, parte de la actual y sabia sociedad literaria española parece haberlo olvidado. Parece desear y exigir que los libros sean homogéneos, perfectos, inmóviles, sin mezclas, respetuosos de la pureza de los géneros. Estancia se enfrenta a ese olvido. Está escrito asumiendo la gran tradición del libro de género inmaculado, que es uno de los logros de la literatura, pero poniendo en duda esa tradición, que puede acabar siendo castrante, y que lo ha sido en efecto en los últimos años de la literatura española. Me pides que cite títulos publicados por DVD Ediciones en los que aparezca lo que has llamado “confusión de géneros”. Algunos recientes serían: Dinero, de Pablo García Casado; Carne de píxel, de Agustín Fernández Mallo; Hilo de nadie, de Lorenzo Oliván, o España, de Manuel Vilas.

M.A.- Según entiendo, el título Estancia, pese a referirse a la primera parte de las tres en que se compone el libro, apelaría a un proceso de sustantivación del espacio. El libro “está”, las tres partes son poesía en la medida en que coinciden en dicho lugar encuadrado, lo que supone a su vez que se interrelacionan y dialogan entre ellas. ¿Es el espacio la entidad por excelencia de ordenación en la vida? Lo digo también a raíz de las últimas frases: “No sé gran cosa de mí. Creo que he estado siempre en el lugar equivocado (...): en mi conciencia”.

S.G.- Tu pregunta contiene mi respuesta, en gran medida. El libro literario puede pensarse mediante la metáfora del espacio. El libro literario es un espacio ocupado –y formado– por presencias. Como la taza de desayuno que te sirven en un bar: un espacio con café, con leche, quizá con una mosca que se ha caído dentro, tal vez con unos gramos de azúcar que añadirás al conjunto. O como el ruedo de una plaza de toros, por el que circulan ahora mismo un animal de quinientos kilos y un hombre vestido de luces, con muleta y espada. El espacio-libro literario puede llenarse, por una voluntad de autoría, por un acto de autoridad, de presencias esperables o inesperadas, de presencias aceptables o inaceptables socialmente. Como al camarero que te sirve el desayuno, al camarero-autor podría ocurrírsele llenar la taza con su orina y servírtela. No sé qué opinaría el cliente-lector de tal reunión. O como un grupo de antitaurinos-autores cuando decide saltar al ruedo e interponerse entre el animal y su futuro matador. El libro-espacio-libre construye en gran medida la literatura occidental desde hace siglos. Por eso, resulta vital lo que el autor aproxime en un libro, es una de las grandes decisiones que ha de tomar o que le han de suceder, como será fundamental la respuesta de los lectores y la crítica a lo aproximado... Discrepo de ti en algo importante: Estancia no reúne tres partes en un libro, sino cuatro. “En el lugar equivocado”, un texto juguetón y travesti, un prólogo que se viste de epílogo, y viceversa, forma parte principal y sexual de Estancia.

M.A.- Llevas razón..., se me pasó.

En algunas entrevistas te has referido a que el sustrato común del libro es “el deseo”. ¿Puedes aclarar esta idea un poco más?

S.G.- Con el deseo hemos topado, amiga Marta. Nuestras sociedades occidentales protomodernas, modernas y sobre todo posmodernas, nos han prometido la felicidad asociándola a la satisfacción de nuestros deseos. Simultáneamente, nos han seguido negando y prohibiendo la satisfacción de ciertos deseos e, incluso en ocasiones, su mera representación. No podía ser de otra forma: una sociedad en la que todos cumpliesen sus deseos y todo deseo pudiese cumplirse sería insoportable. En Estancia abordo algunos de estos ámbitos del deseo conflictivo, en lo personal y en lo social. Abro el libro con la relación paterno-filial: ¿deseamos los hijos la vida y la muerte de nuestros padres?, ¿tememos que los padres no deseen

nuestras vidas?, ¿hemos aprendido plenamente, sin zonas oscuras, a aceptar la vida de quienes nos han creado?, ¿no representan un estorbo para nuestra felicidad?, ¿nos duele su muerte porque es suya o porque es nuestra, es decir, la lectura del prólogo de nuestra propia vejez, degradación y desaparición? Son algunas cuestiones turbadoras, como las que surgen en la segunda parte del libro, “Un día con Stevens”, en la que constato una evidencia: muchos adultos desean eróticamente a los niños. Basta con visitar las páginas sexuales de internet o escuchar las noticias de detenciones de pedófilos, que forman parte de nuestra cotidianidad informativa. Yo intuyo que la prohibición de la pedofilia se relaciona íntimamente con el rechazo del incesto. En la tercera parte del libro, me adentro en la pornografía, en especial en el deseo sádico y masoquista, y en su confusión. En la cuarta parte, en ese texto juguetón y travesti que mencionaba antes, se dan unas pinceladas sobre el deseo de escribir bien, entendiendo por buena escritura la escritura útil para que el otro te desee. Si al escribir añades algunas palabras y suprimes otras, ¿no será porque desees cautivar al otro? Sin esa otredad, ¿te pensarías lo que añades o eliminarías algo...? No sé, Marta. Por momentos pienso que todos estos deseos son variantes, metamorfosis, de no saber desearme a mí mismo.

M.A.- “Enunciado”, o la tercera parte, trata de un tema tabú en la poesía española y, en gran medida, extranjera: las relaciones sadomasoquistas. En ella, a través de una narración impecable, vas saltando del presente al pasado, etc. e incluso provocas la confusión entre los personajes. ¿Relacionas los encuentros sexuales con la “con-fusión” de tiempos e identidades?

S.G- Mi libro Estancia es una aproximación a ampliar los contenidos, éticos y estéticos, de la escritura literaria española: las enfermedades mentales degenerativas, el incesto, la pedofilia, la pornografía, entre otros. A mí me atrae sin reservas la pornografía, y en especial las relaciones sado-maso, porque considero que es el futuro de las relaciones sexuales en Occidente. En gran medida, ya son nuestro presente. La sexualidad occidental, o será pornográfica, o no será. Si queremos defender el matrimonio y las relaciones de pareja tendencialmente estables, si queremos defender el amor-entre-dos, debemos aceptar un erotismo cada vez más pornográfico. Sin embargo, no creo ser el único al que le pasen estas cosas. Hace un momento, he escrito “sexo” en la barra de Google y han aparecido 93.000.000 de resultados; he escrito “dios” y han aparecido 60.600.000 de resultados; he escrito “deporte” y sólo he visto 42.700.000. “Dios” y “deporte”, otro dios, se me han aparecido menos que “sexo” en Google. Pero la cosa va más lejos, porque he escrito “porno” y he encontrado 173.000.000 de resultados, casi el doble que al escribir “sexo”. No quiero ser del todo tramposo. También he escrito “religión” y han surgido 291.000.000 de resultados. Parece claro, sin embargo, que “sexo” abunda más que “dios” y que la variante porno del sexo supera a “sexo” y se encamina a aproximarse a la religión. Y, hablando de resultados de aparición, ¿te has fijado en que la idea de con-fusión abunda en tus preguntas y en mis respuestas, lo mismo que abunda en Estancia? Queremos fundirnos, pero no sabemos cómo, y nos confundimos. Claro que relaciono los encuentros sexuales con la confusión de identidades, que son siempre temporales-sociales. El hombre de sesenta años que se acuesta con una jovencita de veinte vive una edad-identidad que tiene y no tiene, y se está confundiendo y fundiendo. La mujer que le pide a su marido que la llame puta o la viole, después de diez años de matrimonio y de fidelidad, se adentra en un rol-identidad tan confuso como querido. Por lo visto, necesitamos confundirnos de vez en cuando.

M.A.- Gracias por todo, Sergio, seguiremos charlando sobre Estancia en otro momento y lugar.